



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

# Entre la paz y la guerra: los acuerdos de Biac-na-bató

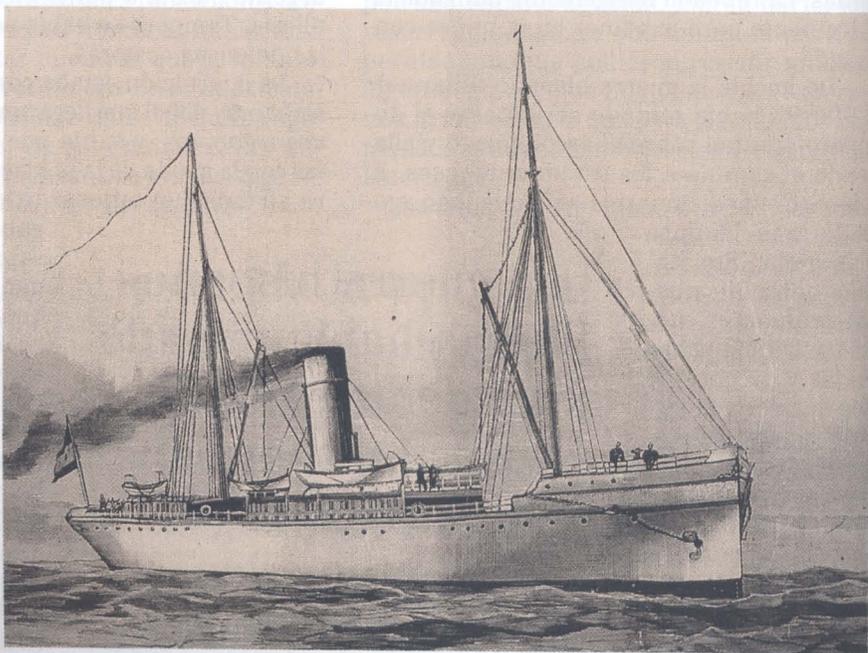
Luis E. Togores Sánchez  
Universidad San Pablo-CEU, Madrid

Cuando Polavieja dimite como Capitán General de Filipinas informa que las provincias del norte de Luzón están totalmente pacificadas, así como las de Bataán, Zambales y Manila. En Móring y La Laguna apenas quedaban 300 insurrectos, existiendo pequeños grupos en Tarlak, Pangasinán, Nueva Ecija y Pampanga. En la zona de Cavite y Batangas estaba el grupo insurrecto más importante con unos efectivos en torno a los 4.000 hombres. El resto del archipiélago se encontraba en paz. A pesar de este aparentemente optimista informe, la situación no era tan buena como sostenía el Capitán General saliente: la táctica de guerrillas adoptada por los tagalos impedía consolidar las victorias conseguidas. Prueba de esto es que las peticiones denegadas de más tropas para profundizar en la pacificación fueron la causa de

que se produjera la dimisión de Polavieja.

El 22 de marzo de 1897 es nombrado Fernando Primo de Rivera nuevo Capitán General de las Filipinas, partiendo para Extremo Oriente el 27 del mismo mes. El 15 de abril salía Polavieja hacia Barcelona, donde iba a ser recibido en olor de multitud e investido por sus partidarios con el título de *general cristiano*. Primo de Rivera arribaría a Manila el 23 de abril.

A su llegada existían partidas en los montes de San Mateo, provincia de Manila, en San Fernando de La Laguna –bosque Buhogusan– Bataán, Morong, Bulacán, Batangas y Tayabas. Había numerosos *tulisanes* en Pampanga, había estallado una pequeña revuelta en Joló y era especialmente fuerte la posición de los insurrectos en Biac-na-bató. Primo de Rivera calculaba que los *katipuneros*



El barco de transporte *General Alava* en aguas de Filipinas (La Ilustración Española y Americana, 1895)

eran un

fuego d

Nad

ciliador

decretos

el inicio

racione

El 3

neral co

primer

da por e

toria sig

otros in

fines de

pacifica

manera

Venc

naldo se

quedan

San Pa

tas en la

nila los

tante vi

hacían

vincias.

elegido

rarse en

combati

vó a ser

embosc

ban cas

vencer.

eran unos 25.000 con unas 1.500 armas de fuego de todo tipo.

Nada más llegar inició una política conciliadora mediante la proclamación de dos decretos de indulto, al tiempo que preparaba el inicio de una nueva serie de grandes operaciones militares en la provincia de Cavite.

El 30 de abril salía el nuevo Capitán General con su cuartel general para Cavite. Su primer triunfo fue la toma de Naic, defendida por el propio Emilio Aguinaldo. A esa victoria siguió la conquista de Maragondón y de otros importantes enclaves, de forma que, a fines de mayo de 1897, podía considerarse pacificada aquella provincia, aunque no de manera definitiva.

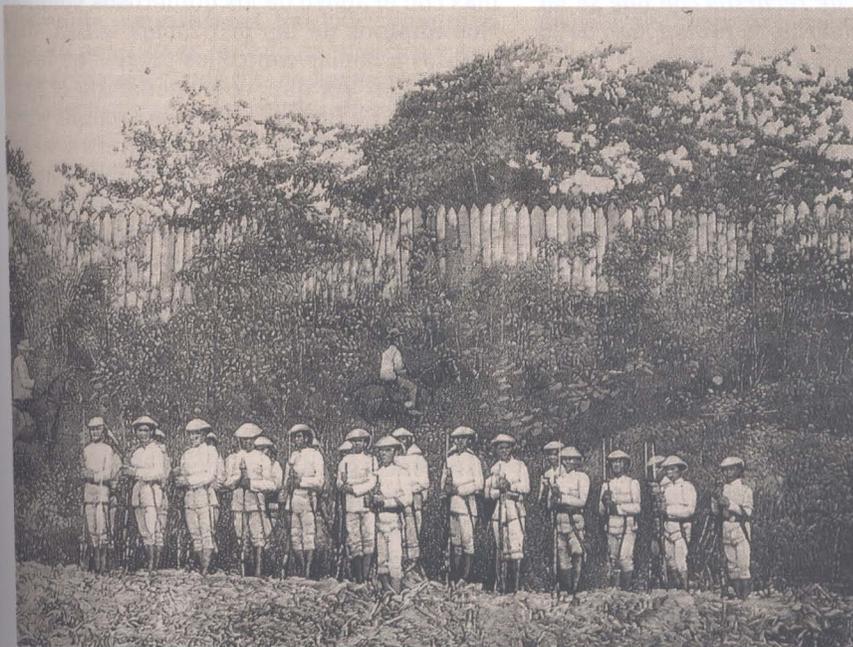
Vencido en Cavite, el caudillo tagalo Aguinaldo se retiró hacia Nueva Ecija y Bulacán, quedando grupos de insurgentes en Talisay y San Pablo. A pesar de las continuas derrotas en las provincias próximas a Cavite y Manila los focos de la rebelión permanecían bastante virulentos. Las estrategias guerrilleras hacían muy difícil la pacificación de las provincias. Durante el mando de Polavieja había elegido el *Katipunan* la táctica de atrincherarse en los pueblos para hacerse fuertes y combatir a las tropas de Manila, lo que les llevó a ser sistemáticamente derrotados; ahora, emboscados en las sierras y selvas, resultaban casi imposible de encontrar, rodear y vencer.

Aguinaldo se refugió en Batangas, en donde sería igualmente perseguido. Nuevamente las tropas españolas le desalojaron y obligaron a evacuar este territorio, así como el de La Laguna, lo que le fuerza a refugiarse, tras una larga huida, en Biac-na-bató. Sus partidarios se encuentran sitiados en las provincias de Bulacán, Nueva Ecija y Pampanga, así como en el monte Aráyat y en la citada zona de los montes de Biac-na-bató.

A pesar de estos éxitos, Primo de Rivera pensaba que las medidas militares no traerían con rapidez la paz deseada. El hecho de haberse internado los rebeldes en la selva hizo que éstos, aunque cada día más debilitados, pudiesen prolongar su resistencia por mucho tiempo. Todo hacía suponer que la guerra se alargaría, hecho especialmente grave cuando España necesitaba concentrar todas sus fuerzas y energías en el absorbente conflicto antillano, y, muy especialmente, en unos momentos en que la actitud de Estados Unidos comenzaba a ser una amenaza aún mayor que la propia guerra de Cuba.

#### Los acuerdos de Biac-na-bató

El 4 de agosto de 1897 escribía Primo de Rivera a Cánovas notificándole que se le había presentado el influyente tagalo don Pedro A. Paterno, con la oferta de negociar la paz con los rebeldes a cambio del perdón y una cantidad en torno a los 500.000 pesos para



Sección de cuadrilleros de las fuerzas españolas en Filipinas (*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

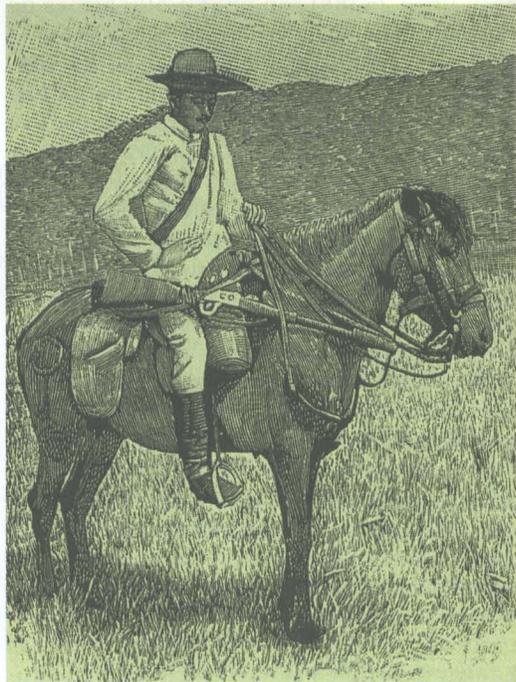
éstos. Carta que no llegó a leer Cánovas a causa de su asesinato. Pero de la que sí tuvo constancia su sustituto, el hasta entonces Ministro de la Guerra Marcelo Azcárraga. Manteniendo Primo de Rivera correspondencia sobre este asunto con el Gobierno conservador en las cartas de fecha 1, 4, 13 y 27 de septiembre de 1897 (2).

Pero la situación en que quedó el Gobierno tras la muerte de Cánovas y la clara certeza de su rápida dimisión, llevó a Azcárraga a no tomar ninguna medida sobre las Filipinas, actitud irresponsable en unos momentos tan graves como los que se vivían. Este Gobierno fue sustituido por otro de la izquierda dinástica. A sus 72 años, Sagasta aceptaba, obligado por el patriotismo, a formar su sexto gobierno.

Por aquellas fechas la prensa daba noticias pesimistas sobre Filipinas, logradas a través de personas llegadas del archipiélago. Se referían sobre todo al estado sanitario del Ejército, al gran número de enfermos, a la alta mortalidad entre la tropa, al mal estado anémico de los que servían en activo y a lo difícil de las operaciones militares, lo que sumió al nuevo Gobierno y a toda la nación en un estado de incertidumbre. Pero lo que resultaba especialmente grave era la terrible situación económica en que se encontraba la Hacienda española para hacer frente a los gastos de dos guerras coloniales simultáneas: *La escasez de recursos con que se ha encontrado el Gobierno, lo prolongado de la lucha en Cuba y las dificultades que en los mercados de Europa se vienen creando a los Gobiernos por aquellos que buscan sus propios provechos a través de las desgracias de España, imponen a todos los que ejercen la autoridad en su nombre, como V. E., nuevas y más estrictas obligaciones para llevar a término una lucha que no podría ya prolongarse mucho tiempo sin comprometer la existencia misma del país* (3).

El 5 de octubre de 1897, Primo de Rivera enviaba un telegrama cifrado al Presidente del Consejo de Ministros, Sagasta, como consecuencia de la formación del nuevo Gobierno, en el que ponía el cargo a su disposición. Con este telegrama se iniciaba una abundante comunicación telegráfica y postal que permite seguir el desarrollo de los acontecimientos en relación a la guerra y los posteriores acuerdo de Biac-na-bató.

El 7 de octubre, el Capitán General del ar-



Soldado de caballería en Filipinas (*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

chipiélago proponía dos caminos para terminar con la revuelta tagala, en la línea de sus últimas cartas al fallecido Cánovas y a su sucesor Azcárraga. Existía la opción, en primer lugar, de lograr la victoria por las armas con el apoyo de los numerosos voluntarios filipinos de las provincias leales, dispuestos a luchar contra los tagalos en favor de España. Vía que, como señalaba el propio Primo de Rivera, resultaba factible, aunque muy costosa en sangre, dinero y tiempo, pero mucho más barata y políticamente más llevadera que la de emplear exclusivamente tropas peninsulares. Manifestando su certeza de que *manu militari* se terminaría con la guerra aunque, eso sí, persistirían con toda seguridad brotes del incendio independentista de muy difícil extinción. Estos rescaldos de resistencia suponían una amenaza potencial de casi imposible cuantificación, aunque también era cierto que este tipo de insurgencia era algo normal y constante —como ya hemos señalado— en el archipiélago.

La segunda vía era pagar un millón setecientos mil pesos a los jefes y a las partidas rebeldes para que se entregaran con sus armas. Esta suma estaba teóricamente destinada a indemnizar familias arruinadas, em-



Operación...  
(*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

bargad...  
emigra...  
dades...

A c...  
ción o...  
salvar...  
cialme...  
den 40...  
tiles te...  
valeci...  
año y...  
que em...

El 9...  
munic...  
telegr...  
aplaz...  
puést...  
día 5...  
misión...  
Minis...  
deten...  
plane...  
en b...  
ellos...  
sele a...  
te a P...  
ra ach...  
bre 1...

Entre l...



Operaciones de las tropas españolas contra los sublevados filipinos  
(*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

bargadas, a viudas y huérfanos, permitir la emigración de los líderes y comprar a la soldadesca del *Katipunán*.

A criterio de Primo de Rivera, esta opción ofrecía grandes ventajas económicas y salvaría la vida de muchos soldados, especialmente peninsulares, *que por clima pierden 40 por 100 en un año en muertos e inútiles teniendo 20 por 100 en hospitales y convalcientes que representan diez mil bajas año y desprestigiando cabecillas vendidos que emigrarían* (4).

El 9 de octubre llegaba a Manila una comunicación desde Madrid: *Importantísimo telegrama de V. E. aplaza toda respuesta al suyo del día 5, relativo a dimisión. Consejo de Ministros estudia detenidamente sus planes y resolverá en breve sobre ellos* (5), pidiéndose al día siguiente a Primo de Rivera aclaraciones sobre los plazos de

los pagos a Aguinaldo, su cuantía, etcétera.

El día 10 de octubre enviaba Primo de Rivera al Gobierno los datos de los tres plazos del pago de la rendición de los tagalos: el primero de 700.000 pesos al entregarse Aguinaldo con sus partidarios y armas; el segundo, 500.000, cuatro meses más tarde, siempre que se hubiesen entregado todas las demás partidas; en tercer y último lugar otro de 500.000 pesos, dos meses después de asegurada la paz. Este plan fue acogido con entusiasmo por las autoridades de Manila —generales Castilla y Tejeiro, Arzobispo, Auditor General, Alcalde de Manila, Secretario General y Gobernador Civil de Manila—, lo que no impidió que

Primo de Rivera continuase con su idea de levantar un ejército colonial con efectivos no tagalos fieles para continuar la campaña en caso de que fracasaran las gestiones de Paterno.

El 13 de octubre, ▶

**El Capitán General del archipiélago proponía dos caminos para terminar con la revuelta tagala.**

desde Manila, se pedía al Gobierno que tomase una decisión; (...) *considero indispensable que Gobierno resuelva sin demora sobre llamamiento voluntarios*, de cara a no parar las operaciones y así mantener una presión constante sobre Aguinaldo y sus partidarios que les forzara a aceptar la paz.

Primo de Rivera comenzó con gran éxito la recluta de voluntarios de las provincias no tagalas de las Filipinas: (...) *cuando vieron llover sobre la Capital millares de voluntarios, dispuestos a auxiliar a nuestras tropas*, y

ban las operaciones con la toma de Puray y se atacaba Minuyan, Maquiling e Irurulong.

El 4 de diciembre llegaba un nuevo telegrama desde Madrid en el que se alentaba a la pacificación: *Retardo produce gran decepción, y estos últimos combates indican creer que pacificación está lejana. Dado estado financiero y complicaciones posibles, pacificar es lo que es importantísimo.*

Para amedrentar la moral de los que aún resistían en Biac-na-bató, Primo de Rivera aceleró aún más las operaciones creando una



Marcha de la artillería de montaña durante unas operaciones contra los sublevados tagalos (*La Ilustración Española y Americana* 1896)

*comprendieron que las bajas se cubrirían inmediatamente, sin grandes gastos ni pérdidas de tiempo, y que no contaban con el apoyo del país, se convencieron de que, más o menos pronto, su derrota total, era segura* (6).

El 20 de noviembre se cursa desde Madrid un telegrama a Manila con el siguiente texto: *Autorizo a V. E. para firmar el acta; considera también ha llegado el momento de entregar primer plazo a juicio de V. E. estén satisfechas condiciones convenidas, cuidando V. E. sin suspender acción militar, de que ésta no venga a interrumpir cumplimiento de lo convenido, o a dar pretexto a insurrectos para creer se les falta a lo estipulado. Urge concluir con todo* (7).

El problema principal para cerrar el trato radicaba en que la autoridad de Aguinaldo no era reconocida por varios jefes de partida, lo que llevó a Primo de Rivera a dar de plazo para la entrega de las armas hasta el 12 de diciembre, al tiempo que se continua-

ban las operaciones con la toma de Puray y se atacaba Minuyan, Maquiling e Irurulong.

El avance de las tropas españolas era ya imparable. Se habían tomado Ilorong, Puray, Minuyan y Aráyat entre el clamor de las provincias no tagalas, gracias al decidido apoyo de sus voluntarios. Ocupar Biac-na-bató era seguro, pero dado lo accidentado de la zona Primo de Rivera no tenía confianza en poder apresar a los jefes de la revuelta, aunque estaba convencido de que éstos sólo se convertirían en algunas partidas sueltas de escaso poder, una vez tomados sus refugios.

A pesar del éxito alcanzado, para el Capitán General de las Filipinas y sus generales la compra de la paz seguía siendo la opción más razonable: *esta paz deja a salvo honor de España y del Ejército.*

Estas medidas se mostraron acertadas al llegar Paterno desde el campo tagalo provisto de un poder amplísimo por el que se le nombraba árbitro para la negociación. La rendición estaba garantizada.

Nac  
1844 e  
Militar  
pacho  
1847.  
Cruz d  
grado  
sofoca  
se hab  
drid, s  
emple  
Con la  
grado  
de gen  
último  
ragozo  
vuelta  
no act  
Carlis  
comba  
naz, S  
tera.  
nomb  
cal. C  
rante

El 1  
a Madr  
fin a l  
march  
términ  
naldo  
órden  
25 est  
nabato  
fes y g  
de pa  
emban  
para l  
tenien  
mo d  
exige  
ñe en  
sus pe  
rán d  
31 tel  
parti  
guen  
gada

## Fernando Primo de Rivera y Sobremonte (Marqués de Estella)

Nace en Sevilla el 24 de julio de 1831. Ingresa en 1844 en el Colegio General Militar, obteniendo el despacho de subteniente en 1847. En 1848 obtiene la Cruz de San Fernando y el grado de teniente. En 1866 sofoca la insurrección que se había producido en Madrid, siendo ascendido al empleo de teniente coronel. Con la Gloriosa obtiene el grado de coronel y luego el de general de brigada, este último por su acción en Zaragoza al someter una revuelta republicana. Intervino activamente en la Guerra Carlista, destacando en los combates de Oroquieta, Aranz, Sierra de Urbasa, etcétera. Por estos servicios es nombrado en 1872 mariscal. Continuó operando durante todas las Guerras Car-



listas lo que le hizo participar, entre otras acciones, en la batalla de Montejurra o, ya como Capitán General de Burgos, en la liberación del sitio de Bilbao y en los combates de Somorrostro. En 1875 se unió a la causa alfonsina. Siguió combatiendo en la guerra del norte, y desempeñando importantes

cargos en la milicia metropolitana hasta que en 1880 fue nombrado Gobernador General de Filipinas. Dimitió en 1883 para hacerse cargo en 1884 de la Dirección General de Infantería. Entre otros puestos fue Jefe del Primer Cuerpo de Ejército de Africa. En 1897 fue nombrado Gobernador General de Filipinas. Continuó las operaciones militares, aunque con unas directivas menos duras que Polavieja, y llegó a firmar la paz de Biac-na-Bató. Cuando llegó a España se había producido el desastre de Cavite. Para justificar sus actuaciones publicó unas memorias dirigidas al Senado. En 1907 fue Ministro de Guerra con Maura, así como en 1917 con Dato. Murió en 1921 en Madrid.

El 14 de ese mismo mes se comunicaba a Madrid la firma de los acuerdos que ponían fin a la revuelta: *Comisión campo rebelde marchó hoy con acta firmada y redactada en términos altamente honrosos España: Aguinaldo dedicará días inmediatos comunicar órdenes rendición a todas las partidas: día 25 estarán generales Tejeiro y Monet en Biagnabató, saliendo el mismo día Aguinaldo, jefes y gobierno rebelde para Lingayen, embarcando el 27 para Hong Kong con teniente coronel Primo de Rivera que exigen les acompañe en garantía de sus personas. Llegarán dicho puerto el 31 telegrafando sus partidarios entreguen armas y entregadas que sean, se*

*abonará primer plazo, pagando segundo cuando se rindan partidas de otras provincias, y tercero cuando reine la paz en toda la isla (8).*

La pacificación iniciaba su recta final. A las actuaciones combinadas de las tropas, gestiones políticas y uso de presiones de todo tipo, adjudicó Primo de Rivera su éxito, aunque estaba seguro de haber podido terminar con la revuelta por la vía militar, de no llegarse a un acuerdo: *(...) me ha parecido más político convertir la gloria que hubieran logrado los alzados si hubiesen muerto en campaña, en una deshonrosa venta, he ido al pacto para abreviar la insostenible situación de*

**Para  
el Capitán General de  
Filipinas  
y sus generales la  
compra de la paz  
seguía siendo la opción  
más razonable.**

*►*



Cuerpo de guardia en un campamento español en Filipinas (*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

*Tesoro Público y para no dejar a la aventura de un éxito militar la desaparición de los cabecillas prestigiosos (9).*

Con la rendición de Aguinaldo y de los principales jefes del *Katipunan*, Primo de Rivera pensaba que los inevitables restos de la revuelta se convertirían sólo en partidas de bandidos que, más tarde o más temprano, terminarían por extinguirse perseguidos por la Guardia Civil. Como de hecho habría ocurrido de no haberse iniciado la guerra con Estados Unidos en 1898.

Aguinaldo y sus partidarios más allegados partieron para Hong Kong, donde cobrarían el 3 de enero de 1898, de manos del teniente coronel Miguel Primo de Rivera, la letra de 400.000 pesos correspondiente al primer plazo de lo pactado. Dinero a cambio del cual habían aceptado depositar las armas. El

día 6 de enero se rendían los jefes tagalos Paciano Rizal, Miguel Salvar y Mariano Tinio, entregándose poco después las partidas de Trías, Riego de Dios, Mogica, Malvar, Tinio y Makabulos... El 21 de enero Primo de Rivera informaba al Gobierno que la paz era un hecho en el archipiélago.

Como hemos visto, tanto el Gobierno como el propio Primo de Rivera y la cúpula militar y política de Filipinas, coincidían en la necesidad de llegar a los acuerdos de Biacna-bató. La continuación de las operaciones contra los campos atrincherados tagalos, aun-

que éstas hubiesen sido un éxito rotundo, sólo habrían servido para terminar con el contingente principal de miembros del *Katipunan* agrupados junto a Aguinaldo, pero en el resto de Luzón hubiese continuado la guerrilla, con los peligros ya señalados.

**Sin la intervención de Estados Unidos y luego militar, España habría logrado con toda seguridad la pacificación de Filipinas.**

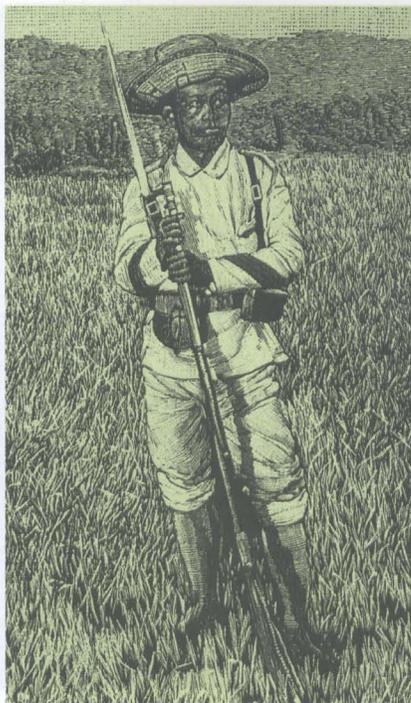
El  
nificat  
garant  
de las  
portan  
das, lo  
tante  
sangre  
cesita  
Esta c  
Gobier  
toda s  
en la  
de Est  
Lo  
en las  
ron en  
tes, p  
rácter  
tentar  
penin  
paña  
nas-  
ción l  
supus  
cesos  
consp  
insur  
comb  
sinato  
suces  
que lo  
guerr  
da má  
tó, Es  
contr  
nas.  
Si  
-prim  
rio y  
con t  
nas.  
más  
tismo  
to a  
de, se  
medi  
biese  
Fi  
tuaci  
gráfi  
paña  
cipit  
ña su  
co y

El pago a los más significativos líderes tagalos garantizaba la eliminación de las guerrillas más importantes, aunque no todas, lográndose un importante ahorro de dinero y sangre, de los que tan necesitados estaba España. Esta decisión permitía al Gobierno y al Ejército fijar toda su atención en Cuba y en la amenazante actitud de Estados Unidos.

Los brotes insurgentes en las Filipinas continuaron en los meses siguientes, pero a pesar del carácter derrotista que intentaron darle a los grupos peninsulares—tanto en España como en las Filipinas—enemigos de la solución lograda, Biac-na-bató supuso un acierto. Los sucesos de Zambales, la conspiración de Manila, la insurrección de Ilocos, los combates en los montes Mangatarem, los asesinatos de europeos en Pampanga, junto a los sucesos de Cebú y en las Visayas no eran más que los lógicos coletazos de casi dos años de guerra. Y muy especialmente cuando casi nada más firmarse los acuerdos de Biac-na-bató, Estados Unidos comenzó a maniobrar contra los intereses de España en las Filipinas.

Sin la intervención de Estados Unidos—primero de carácter político y conspiratorio y luego militar—, España habría logrado con toda seguridad la pacificación de Filipinas. Hecho que no hubiese impedido que, más tarde o más temprano, el independentismo y seguramente la guerra hubiese vuelto a asolar el archipiélago, pero años más tarde, según la importancia y efectividad de las medidas administrativas y militares que hubiesen adoptado Madrid y Manila.

Filipinas aún no se encontraba en la situación de Cuba, ni tenía una posición geográfica tan peligrosa para los intereses de España. La intervención norteamericana precipitó los acontecimientos, quitando a España su más importante posesión en el Pacífico y retrasando en varias décadas el naci-



Cabo indígena de las fuerzas españolas en Filipinas (*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

miento de una República Filipina verdaderamente independiente.

### Filipinas y Cuba: dos formas de sublevación

Cuando en la gran isla filipina de Luzón estalla la rebelión en 1896 surgió en la España de la época una reflexión sobre el paralelismo existente entre estos sucesos y los de Cuba de un año antes.

Resulta obvio el hecho de que tanto los mambises como los miembros del *Katipunan* combatían a un mismo enemigo, las tropas del Rey de España. Esta lucha contra un adversario común hizo que el precedente cubano tuviese una inevitable influencia en los sucesos de Filipinas. Para los miembros del *Katipunan* el ejemplo cubano fue un gesto a imitar.

La guerra de Cuba fue un conflicto que se desarrolló en ámbitos tropicales, coloniales, en una isla—situación aparentemente similar a Luzón en lo geográfico y administrativo—pero absolutamente diferente como consecuencia del distinto marco estratégico, de la población de ambas islas dentro del panorama internacional de la época, como de la muy diferente actuación de Estados Unidos ante uno y otro conflicto.

Los cubanos fueron fuertemente apoyados desde un primer momento por Washington, hecho que no se produjo en el caso filipino. En Filipinas hubo potencias interesadas en debilitar la soberanía española, pero con distinta táctica y con una responsabilidad menor que la que tuvo Estados Unidos en el Caribe.

La cuestión fundamental que diferencia la guerra de Cuba de la de Filipinas, antes de la intervención estadounidense en 1898, es el carácter de la población de ambas colonias. En Cuba la población era, en un alto porcentaje, blanca, muy similar en todo—con las pequeñas diferencias lógicas— a la metropolitana de la que descendía. La guerra de 1868 y luego la de 1895 son básicamente conflic-

alos Pa-  
o Tinio,  
idas de  
r, Tinio  
o de Ri-  
z era un  
erno co-  
ula mi-  
in en la  
le Biac-  
aciones  
os, aun-  
buesen  
otunían  
ían ser-  
rminar  
ingente  
miem-  
ipunan  
unto a  
pero en  
Luzón  
inuado  
con los  
señala-



Vista parcial del Fuerte de Santiago en Manila (*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

tos armados entre blancos —a la que poco a poco se va sumando la población negra (10)— por motivos ideológicos y económicos, que se desarrolla en un ámbito colonial, pero que se asemeja mucho más a las guerras civiles entre peninsulares que a las coloniales que en aquellos mismos años estaban produciéndose en otras partes del mundo (11). Españoles nacidos en Cuba lucharon en los dos bandos al igual que españoles peninsulares se encontraron también en ambos bandos (12). El caso de la población filipina era distinto, no existía, como en Cuba, una importante masa de población hispano-filipina, similar a los numerosos criollos antillanos, lo que generaba una clara diferencia racial entre los filipinos asiáticos y los peninsulares europeos. Diferenciación racial evidente, que se veía a su vez potenciada al no ser los filipinos una población racialmente homogénea (tagalos, moros, igorrotos, negritos, visayas, etcétera),

**En Filipinas  
se sublevó una elite  
nativa  
europeizada  
con una importante  
base popular  
netamente asiática.**

como pasaba en amplios sectores de las Antillas: la revuelta de 1896 la llevó adelante la población de origen malayo de Luzón ante la indiferencia e incluso la oposición del resto de las etnias del archipiélago.

Cuando el *Katipunan* se sublevó, se inició una guerra colonial clásica en la que una población nativa, *no blanca*, se levantó contra el control colonial que ejercía sobre ellos una administración blanca. En el caso cubano es una guerra civil entre blancos con tácticas, medios y objetivos occidentales; mientras que en el caso de Filipinas es un claro ejemplo de reacción anticolonial.

En Cuba lucharon nacionalistas cubanos contra voluntarios españolistas, nacidos en la isla, sumados a soldados regulares de la metrópoli. En Filipinas se sublevó una elite nativa europeizada con una numéricamente importante base popular netamente asiática, frente a un pequeño ejército metropolitano.

no au  
los cip

La  
1897  
homb  
estar  
las An  
cuant  
que e  
to col  
rra r  
gunos  
en la

Es  
to im  
suces  
en Fi  
o una  
chas  
vuel  
(188  
(190  
pera  
(189  
se in  
chúe  
entre  
tada  
rame  
estab

#### Nota

- (1) VV
- (2) Pr
- (3) An
- (4) A.
- (5) Pr
- (6) A
- (7) lb

#### Bib

- Martín  
Ba  
Molin  
Rodri  
18  
Sastr  
am  
dri

Entre

no auxiliado por tropas nativas del estilo de los cipayos y askiris.

La guerra de Filipinas de los años 1896-1897 requirió mucho menos esfuerzo en hombres y dinero que la de Cuba, a pesar de estar más lejos este islario de la metrópoli que las Antillas, y de ser la presencia de España cuantitativa y cualitativamente mucho menor que en Cuba. Filipinas fue un *simple* conflicto colonial muy alejado de la guerra total, guerra revolucionaria como gustan llamarla algunos autores, que había de afrontar España en la *Perla de las Antillas*.

Esto nos lleva, para finalizar, a otro punto importante referente a este conflicto. ¿Los sucesos que se iniciaron en el verano de 1896 en Filipinas fueron una revuelta anticolonial o una revolución? Se enmarcan —por las fechas en que ocurrió— entre las grandes revueltas anticoloniales —como las de Mahdi (1881-1898), revuelta de herero y hotentote (1904-1906), revuelta en Indochina del emperador Duy Tan (1916), revuelta bóxer (1899-1900)— y el ciclo revolucionario que se inició en China con la caída de los manchúes. A pesar de encontrarse aparentemente entre ambos movimientos, la guerra desatada por el *Katipunan* fue un conflicto claramente anticolonial. La elite del *Katipunan* estaba formada por sectores tagalos fuerte-

mente europeizados, muchos de ellos dotados de una importante formación universitaria occidentalizante, pero esto no hace que sus deseos de cambios fuesen más allá de cuestionar quién debía detentar el poder en Filipinas. No deseaban alterar las estructuras de la sociedad creada por los españoles, sino solamente sustituir a los peninsulares en el poder, mediante su expulsión.

Se apoyaron en sectores populares tagalos, que fueron quienes llevaron el peso de la revuelta, dentro de un modelo de rebelión antioccidental similar al de los bóxer, mahdistas, etcétera. Nunca hablaron de forma seria e ideologizada sobre la reforma agraria, de cambios económicos, de igualdad para la población, de la implantación de un sistema constitucional o de sufragio universal. Existiría un cierto marco reformista, pero alejado en su fondo de una clara voluntad de cambio modernizador y *revolucionario* de la sociedad y de las estructuras de poder y económicas de Filipinas. No olvidemos, además, que fue una revuelta de la población tagala contra el dominio colonial de los españoles.

En definitiva, fue un movimiento genuinamente independentista, típico de finales del pasado siglo, como ya hemos señalado. En él se encuentra la verdadera semilla de la actual nación filipina. ■

## Notas

(1) VV. AA., *Historia General de España y América*, vol. XVI, Madrid, 1983, pp. 363.

(2) Primo de Rivera, F., *Memoria dirigida al Senado por el Capitán General D. Fernando Primo de Rivera (agosto 1898)*, Imprenta y litografía del depósito de la guerra, Madrid, 1898, pp. 124.

(3) Archivo Histórico Militar (a partir de ahora A. H. M.), del M. Ultramar al Gobernador General de Filipinas, del 4 de noviembre de 1897.

(4) A. H. M., Del Gobernador General al Presidente Consejo de Ministros, Manila 7 octubre 1897, cifrado.

(5) Primo de Rivera, F., *Op. cit.*, pp. 127-128.

(6) A. H. M., Del Gobernador General al Ministro de Ultramar, Manila 22 de diciembre 1897, reservado.

(7) *Ibidem*, pp. 135.

(8) A. H. M., Del Gobernador General al Presidente Consejo de Ministros, Manila 14 de diciembre de 1897, cifrado.

(9) *Ibidem*.

(10) La población negra tuvo un papel determinante en la guerra, tanto por dar caudillos como Maceo como por el número de combatientes negros en el bando mambise, sin que por ello la guerra tuviese una connotación racial como en Haití. Los negros lucharon en una guerra civil de blancos en defensa de conceptos e ideas de las que en buena medida estaban excluidos.

(11) El profesor Moreno Fraginal cuenta cómo sus dos abuelos lucharon en esta guerra, uno como jefe de una partida de mambises y el otro como coronel del ejército español.

(12) *Vid.* Alonso Valdés, Coralia y Blanco Rodríguez, J. A., *Presencia castellana en el «Ejército Libertador Cubano»*, Junta de Castilla y León, Zamora, 1996.

## Bibliografía

Martín Cerezo, Saturnino, *La pérdida de Filipinas. El sitio de Baler*, Historia 16, Col. Crónicas de América, Madrid, 1992.  
Molina, Antonio, *Historia de Filipinas*, ICI, Madrid, 1984, II Vol.  
Rodríguez González, A. R., *Política Naval de la Restauración 1875-98*, Editorial San Martín, Madrid, 1988.

Sastrón, M., *La Insurrección en Filipinas y Guerra Hispano-americana en el archipiélago*, Minuesa de los Ríos, Madrid, 1901.

Togores Sánchez, L. E., Ortiz Armengol, P. y Molina Gómez, C., "Dossier sobre la revuelta filipina de 1896-97", *Revista Española de Estudios del Pacífico*, AEEP, Madrid, 1996, número 6.

Togores Sánchez, L. E., "La otra amenaza a la soberanía de España en Ultramar durante la Restauración", en *1895 La guerra en Cuba y la España de la Restauración*, Edición de Emilio de Diego, Ed. Complutense, Madrid, 1996.